



Jorge Arzate Salgado

*Sirena de Tule**

Macario y delirio de Cipriano Alcántara:

CIPRIANO ALCÁNTARA siempre fue un hombre casto. Nunca tuvo mujer. Pero antes de morir contó que tuvo sirena, que durmió entre su cuerpo y su agua. Nadie le creyó a ciencia cierta, pues lo contó cuando le dio la fiebre que lo llevó a la tumba. Pero yo sí le creo. Supongo que eso le hizo feliz y que de lo contrario hubiera muerto desde hace mucho, antes de que se fuera el agua y la Lanchana, ningún hombre puede vivir solo por tanto tiempo. Me acuerdo de su casa, la más pobre; era de tablones y ramas. Cuando lo de la guerra nadie lo molestó, la tropa pasaba sin ni siquiera mirarlo, como si fuera invisible. La pobreza de la pobreza, la soledad de la soledad, el vacío del vacío, los huesos sin huesos y la carne sin carne, ese era Cipriano Alcántara, el *Lento* le decían. Quizá por eso le tocó a él, por eso lo eligió, por ser el menos soberbio de todos los hombres del pueblo, que digo, del mundo.

Cipriano era un pescador torpe, *Lento*, nunca supo el arte de la fizga bien; vivió de los otros, casi de la caridad. El desprecio del pueblo lo hizo flaco y sucio. Otros le decían

* Fragmento de libro inédito

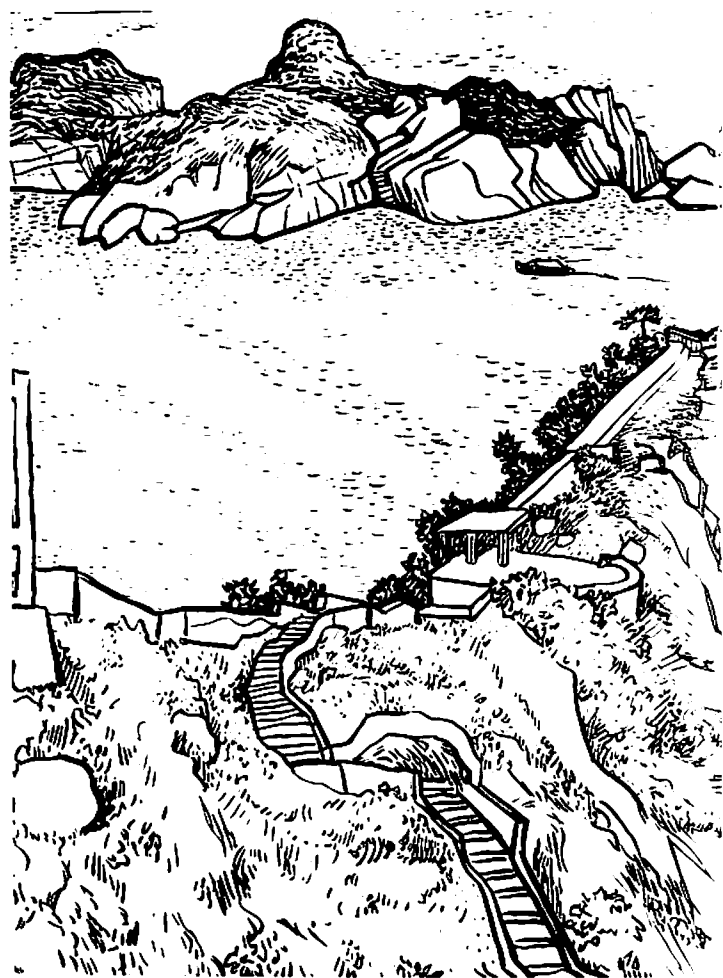
Jorge Arzate Salgado. Sociólogo y poeta. Profesor de sociología en la UAEM. Ha publicado los libros de poesía *Canciones para los piratas ausentes* (CTE, 1992) y *Recuerdos de la Casa Azul* (Tierra Adentro, 1996); además de ensayo científico en diversas revistas de Ciencias Sociales.

el Loco. Pero Cipriano nunca quiso escuchar nada, quizás en verdad estaba sordo, pues rara vez respondía. Su único amigo fue Narciso a quien le confesó su amor por María Lucrecia, hija de la Remedios, la vieja avara del pueblo. Iluso: María Lucrecia murió de soledad, nunca conoció hombre, pero fue el mejor trofeo de su madre, nunca le faltó pan ni vestido, pero nunca conoció el calor del sol y nunca sintió ese frío que cala muy adentro en las tardes húmedas de julio.

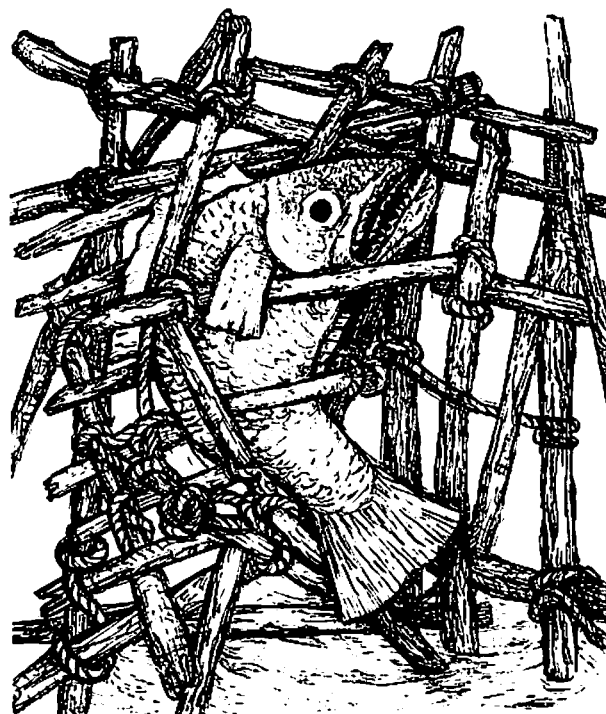


Me ahoga. Los brazos no son míos, mi cuerpo no es mío, mi voluntad no tengo más. Me ahoga Señora. Tenga piedad, a dónde me quiere llevar. Adentro no, hace frío, el agua es honda. Y después el deslizarse de una piel resplandeciente como sol, y las escamas rasgando el cuerpo como serpiente enroscada de muerte. Me acordé de María Lucrecia; quise imaginar que era ella a quien besaba, que era ella quien me amamantaba con una leche espesa. María Lucrecia, querida y dulce María Lucrecia, la de más gracia y miradas pegadas al cuerpo. Me ahoga Señora, déjeme ir, no ve que yo soy el más pobre de

todos, un simple pescador, su sirviente, su esclavo. No puedo respirar. Las piernas de María Lucrecia son tan suaves que me hartó de ellas, los brazos tan tibios que me unto todo yo de ellos, soy yo en ellos, son toda el agua de esta laguna, son toda mi sangre y saliva y son el amor que me humedece mi hombría, y acaricia y mata de placer, y frota mi alma y saca lumbre de los labios y de la lengua hace que brote otro río, otra laguna mayor. Me mata Señora. Qué dolor. Qué sueño y este gran placer húmedo; mis manos no son mías pero comienzan a tener escamas, y mi virilidad no es mía y comienza a salir dentro de una gran cueva de agua, y mi canto no es mío, ni mi palabra, ni mi vista, todo lo come ella, todo lo palpa y peina. María Lucrecia tu cabello es de sirena, María Lucrecia tu pecho es de pez, sabe a pez, yo soy pez, y tus piernas son de sierpe, son dulces y saben a sal, tu sexo sabe a infinita sal, dulce sal que sacia mi sed, que apaga este sol que traigo dentro, que ciega y me golpea. Déjeme Señora, lo suplico. Ven que mis brazos son troncos filosos para ti, para penetrarte, ven que mi lengua es una flor de colibrí y mis manos y dedos hormigas y mi lengua es de sapo, ven. Entra más y más. Soy tuyo, para ti y sólo para ti; yo tu manjar, yo tu alimento de lirio y tule y pez y carroña para los hombres del pueblo y madera de canoa es mi miembro para frotarte entre ríos de leche blanca llena de luz y calor y sol que son mis piernas y nalgas. Ven. Señora de los mil colores de las mil noches y mil estrellas en los ojos. Señora del agua tu siervo esclavo soy de tu vulva animal mujer María Lucrecia cómo te amo, por siempre, para siempre; y que bueno que me ahogas de placer, que bueno que me matas de placer para nacer de nuevo; adentro del cuerpo tibio es el aire, adentro del vientre se está bien, todo es agua, un gran beso, las paredes son labios carnosos, rojos, adentro sueño que no soy yo que soy tú misma, los dos uno, uno para siempre. Señora soy tú. Señora sólo soy el más



humilde de los pescadores de este pueblo. Me ahoga. Me mata. Tengo miedo y frío. María Lucrecia qué suave tu cadera y tu costillar, de allí salen peces, de tu boca renacen renacuajos negros, de mí salen pequeños peces dorados y alargados, y mis palabras son escamas y semen que se confunden contigo y tu boca y vulva hinchada de mí. Me siento lleno y da cosquilleo, sueño como un instrumento hueco, soy sierpe, mi piel es negra y tengo escamas, en lugar de brazos tengo aletas de pez. Señora, Lanchana, llévame contigo. Gracias. Dulcísima María Lucrecia Santos.



Cipriano alucinó por horas, la fiebre le hizo decir mil cosas raras; tanto dijo que la gente le tuvo miedo. Le fueron dejando solo, hasta que se quedó solo el más solo de por acá. Quedó tendido en medio de un salón de la presidencia municipal. En el fondo era envidia, quién no hubiera querido estar ahí. Gente maldita. Cipriano se murió porque fue un dios, porque fue hijo de ella, porque tuvo amores con ella, porque de pescador se hizo Lanchano, Sireno. Era un dios. Tuvo doble muerte: como Cipriano hijo de la chingada jodida y como Lanchano amante-hijo de ella misma, muerto a mansalva por otros más malditos e infames, por su desprecio rabioso. Cuando murió Cipriano el cuerpo se pudrió en el catre, nadie intentó mover un dedo; decían que era de mala suerte acercarse al cadáver. Lo cierto de todo es que el silencioso y torpe Cipriano fue el hombre más feliz de Almoloya, se le podía ver en la luz que despedía su mirada de niño feliz, en esas tardes que lo hacían transparente; eterno enamorado del lago. o